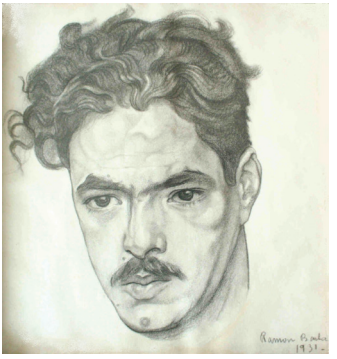
ULISES EN UN MAR DE TINTA

OBRA PERIODÍSTICA DE EDUARDO ZALAMEA BORDA

Prólogo y selección de
Mariana Serrano Zalamea



Universidad de los Andes

Ulises en un mar de tinta

COLECCIÓN SÉNECA

Por el accidentado campus de nuestra Universidad solía pasear libremente una amable e inquieta cabra, bautizada "Séneca" por los estudiantes, personaje a quien ninguna puerta le estuvo vedada y de apetito voraz por todo tipo de escrito. Mente amplia que rumió de forma placentera cuanta literatura estuvo a su alcance. A su memoria y al espíritu que la acompañó, sea dedicada la presente colección.

Comité Editorial de la Universidad de los Andes

Decana de la Facultad de Artes y Literatura: Claudia Montilla; Decano de la Facultad de Ciencias Sociales: Hugo Fazio; Decana de la Facultad de Economía: Ana María Ibáñez; Editor General: Julio Paredes; Representante de los Profesores: Luis Quiroga; Vicerrector de Asuntos Académicos: Carl Langebaek; Vicerrector Administrativo y Financiero: Javier Serrano; Vicerrectora de Investigaciones: Silvia Restrepo.

Ulises en un mar de tinta

Obra periodística de Eduardo Zalamea Borda

Prólogo y selección de
Mariana Serrano Zalamea

Ulises en un mar de tinta. Obra periodística de Eduardo Zalamea Borda / prólogo y selección de Mariana Serrano Zalamea – Bogotá: Universidad de los Andes, Vicerrectoría de Investigaciones, Ediciones Uniandes, 2015.
308 páginas; 11 x 17 cm. – (Colección Séneca)

ISBN 978-958-774-125-4

1. Zalamea Borda, Eduardo, 1907-1963 2. Periodismo y literatura 3. Colombia – Vida intelectual – Siglo XX 4. Colombia – Política y gobierno – Siglo XX I. Serrano Zalamea, Mariana II. Universidad de los Andes (Colombia). Vicerrectoría de Investigaciones.

CDD C863.4 SBUA

Primera edición: abril del 2015

© Eduardo Zalamea Borda †
© Mariana Serrano. Por la compilación y el prólogo
© Comunican S. A.
© Universidad de los Andes

Ediciones Uniandes
Calle 19 núm. 3-10, oficina 1401
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 3394949, ext. 2133
http://ediciones.uniandes.edu.co
infeduni@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-774-125-4
ISBN e-book: 978-958-774-131-5

Corrección: Yecid Muñoz
Diagramación interior y de cubierta: Andrea Rincón
Ilustración de cubierta: Retrato de Eduardo Zalamea Borda hecho por Ramón Barba, en 1931 (fotografía de José Arias Cano)

Impresión y acabados:
Nomos Impresores
Diagonal 18 Bis núm. 41-17
Teléfono: 2086500
Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A mi madre, Amelia, depositaria
de la memoria de Ulises

Tabla de contenido

Bitácora literaria y periodística de Eduardo Zalamea Borda 1

Fin de Semana
Periodismo crítico, semblanzas y crónicas variadas 39

Intermedios
Poética periodística de Ulises 119

Crisoprasa 121

Mujeres 135

Naturaleza 157

Variedades 169

Escritura 177

París 187

Textos políticos 201

Isla de Robinson 203

La Ciudad y el Mundo, *El Espectador* 243

La ciudad 245

El mundo 267

Correspondencia con Guillermo Cano 277

Fotografías de Eduardo Zalamea Borda 289

Bitácora literaria y periodística de Eduardo Zalamea Borda[1]

Semblanza de Eduardo Zalamea, Ulises

Al promediar el siglo pasado, Eduardo Zalamea Borda (Bogotá, 1907-1963) era un hombre de peso y estatura también promedios, de cuarenta y tres años, si bien en las fotografías puede parecer un poco mayor por la forma de vestir de la época. Usaba sombrero, anteojos, bigote, tenía una calvicie incipiente, y para trabajar en el periódico siempre iba de traje formal, chaleco y corbata, lo que a veces aderezaba con un abrigo o una gabardina, dependiendo de los rigores del clima bogotano. Su mirada, dicen, era aguda y profunda. Desde siempre había tenido una sensibilidad a flor de piel. Fumaba cigarrillos Camel, hablaba con una voz metálica —había padecido unos pólipos en la garganta— y escribía en una máquina Continental con la pasmosa habilidad de un mecanógrafo experimentado. De entrada parecía un poco serio y cortante, debido a una cierta timidez, pero cuando establecía relaciones más cercanas era cálido y afectuoso.

[1] La edición del prólogo estuvo a cargo de Marcelo Maturana Montañez.

Su debilidad eran las mujeres y sus vicios, el alcohol y el cigarrillo. Como hombre de su época, estaba más interesado en la esfera pública que en la privada, y por ello —para suplir su constante ausencia— era un padre consentidor y cariñoso en extremo. Pasaba más tiempo en la redacción del periódico —y en sus tertulias con los periodistas y escritores contemporáneos— que en su casa al lado de su familia.

A su mujer, Alicia Borda —su segunda esposa, madre de sus tres hijas y su hijo—, la quería, entre otras cosas, por no ajustarse del todo a los moldes sociales preestablecidos: ella había sido hija natural y en su juventud fue cantante de ópera; trabajaba en ese momento como secretaria bilingüe en la embajada de Estados Unidos, pues el sostenimiento de la casa requería ese doble ingreso: el exiguo sueldo de periodista no bastaba por sí solo. Se habían enamorado y comprometido por carta, entre 1936 y 1937, cuando él se encontraba en Ginebra, Suiza, como representante de Colombia ante la Liga de las Naciones. Hasta allí había viajado —gracias al impulso de Alberto Lleras Camargo— para alejarse del dolor profundo que le había causado la muerte de su primera mujer, la nicaragüense Mimí Roa, y del hijo que tuvo con ella. Nunca lograría superar esas ausencias. Todos los 31 de diciembre se emborrachaba y lloraba por ellos en silencio. No conseguía compartir con nadie esa herida por siempre abierta, un trauma nunca superado. Además

de la faceta evocadora y nostálgica que le despertaban las borracheras, cuando estaba alicorado solía exaltarse y defender sus argumentos con vehemencia y, a veces, con alguna violencia, subiendo la voz apasionadamente.

Después del suicidio de su padre por deudas de juego —cuando él apenas llegaba a los diez años—, la manera que encontró para mostrar el desconcierto y la rebelión que le suscitaba ese hecho fue volverse díscolo y desobediente. Por ello su madre, viuda, ante la responsabilidad de educar a siete hijos, se había visto obligada a internarlo en un colegio militar. Zalamea guardaba una vívida memoria de los cinco años que pasó en esa institución fría y autoritaria, donde fue sometido a toda clase de vejámenes por parte del estamento militar. En una ocasión equivocó las notas del toque de diana con la trompeta, por lo que un oficial le propinó un golpe con el propio instrumento y le hizo perder los dos dientes de adelante. Desde esa época usaba un puente. Tal fue su desesperación que huyó del colegio para perderse en La Guajira.

Esas experiencias de juventud serían recogidas en dos novelas: *4 años a bordo de mí mismo* y *La cuarta batería*. Zalamea, que fue autodidacta después de truncar sus estudios de bachillerato, leía inglés sin dificultad y el francés lo hablaba y leía con bastante fluidez. Ideológicamente era liberal y demócrata, y siempre tenía una actitud abierta a las nuevas estéticas y propuestas literarias. De la

experiencia en el colegio militar guardó un permanente resquemor contra los argumentos de autoridad y contra la represión por la fuerza. Durante la Segunda Guerra Mundial, cuando escribía la columna "Isla de Robinson" en la revista *Contra-Ataque*, no cejó un solo instante en sus denuncias contra los atropellos y abusos cometidos por personajes como Laureano Gómez.

Lector voraz, fue también un generoso guía de escritores y periodistas más jóvenes, entre ellos Álvaro Mutis y Gabriel García Márquez. Fue un amante de la literatura francesa, sobre todo de los poetas simbolistas, Baudelaire, Verlaine, Apollinaire, y admiraba el *Ulises* de Joyce, como también la obra de los escritores norteamericanos Faulkner y Dos Passos. Entre los colombianos valoraba a Tomás Carrasquilla, León de Greiff y Baldomero Sanín Cano, a quienes consideraba sus maestros. Y entre los poetas populares recordaba siempre a Julio Flórez. En sus primeros años de periodista firmaba sus escritos con el seudónimo *Bloom*, para luego optar por *Ulises*, invocando no sólo al personaje de Joyce sino, además, al protagonista errabundo de Homero. Tal vez por eso, en la simbiosis cotidiana con la ciudad, la narraba desde la mirada "a ras del suelo" del cronista de a pie, como dijo Antonio Cándido, o desde la idealización con ojos poéticos. Pero lo hacía también desde los hechos de la política local y cotidiana: adoptaba, así, la piel de todos los transeúntes.

Tenía una predilección particular por las artes plásticas. No en vano muchos de sus fragmentos en prosa poética y algunas de sus crónicas urbanas recurrían a la écfrasis para narrar los espacios: sus alusiones constantes a Braque, Picasso, De Chirico, Alejandro Obregón, Lucy Tejada, Ignacio Gómez Jaramillo son ejemplo de los referentes plásticos a los que acudía cuando hacía descripciones. Los encargos que tuvo, por temporadas, de comentar las películas en cartelera de los teatros bogotanos de ese entonces lo convirtieron en un buen conocedor del cine de su época. Era un hincha furibundo de Santa Fe y asistía religiosamente a los clásicos en el estadio El Campín. También era un ferviente seguidor de la fiesta brava y durante las temporadas taurinas siempre iba al "circo de toros", La Santamaría.

Establecía una relación de colegas y de amistad con sus compañeros del periódico: especialmente Álvaro Pachón de la Torre, "Pachoncito"; Guillermo Cano, "Conchito" —quien, pese a ser 18 años menor que él, era su "llave" en el periódico—, y el recientemente desaparecido José Salgar, "el Mono". Ejercía la labor de periodista con verdadera pasión; en últimas, le permitía escribir, que era lo que mejor sabía hacer en la vida. Escribir sobre política, literatura, ciudad, fútbol. Robaba a sus agitadas jornadas periodísticas algunos contados momentos para hacer literatura. Cuando creó sus novelas, lo hizo desde los cinco sentidos de su cuerpo, lo que derivó en una poética

sensual, moderna, centrada en la introspección y en las emociones; por todo ello fue una pluma disidente dentro de los parámetros nacionales de los años en que vivió.

¿Cómo veían y cómo recuerdan a Ulises?

Eduardo Zalamea Borda ha sido percibido como maestro, impulsador y pontífice de las letras, y un amante del debate por excelencia. A continuación presento algunos testimonios sobre su figura.

En una entrevista personal realizada en la Ciudad de México, el reconocido poeta y novelista colombiano Álvaro Mutis recordó, emocionado, el respaldo que Zalamea le dio al publicarle uno de sus primeros poemas en el suplemento literario de *El Espectador*. Esta es la evocación de Mutis:

> Esta publicación del poema en la primera página, y la forma como la tomó, como la vivió y me la hizo vivir a mí Eduardo, es lo que me ha hecho continuar escribiendo. Eduardo me señaló el único camino por el que se puede enseñar la poesía (que no se puede enseñar), que es por el alma, por el corazón, por las visiones que puedas tener e ir teniendo de la tierra, de la gente, del mundo, del hombre, del destino, de qué estamos haciendo aquí, de cómo estamos, de qué juego jugamos. Quien primero me dio esto fue él. Primero, de una forma muy especial a través de la autoridad de un cariño muy grande. Y, después, a través del conocimiento de las letras que tenía Eduardo Zalamea: yo en

> Colombia tendría que hacer un esfuerzo para encontrar otro lector como él[2].

Gabriel García Márquez, por su parte, no olvidaba a Zalamea, a quien consideraba su "Colón" y su brújula durante los años en que comenzó a caminar por la senda de la escritura. Lo describió como un hombre con un "semblante huraño y voz de metal" que escondía a "uno de los seres más afectuosos y serviciales que recuerdo"[3]. Lo tildó también de ser un "visionario de rueda libre que siempre se mantuvo un paso adelante de sus contemporáneos"[4], cuya mayor urgencia siempre consistió en modernizar las letras colombianas y sintonizarlas con lo que sucedía más allá de las fronteras del país. Estos son los recuerdos de García Márquez:

> Cuando entré a *El Espectador*, Zalamea me adoptó no como un hijo sino como su "cuate". Establecimos una relación con valor literario, aprendí con él a escribir. Cuando le preguntaba sobre algún tema, era muy generoso. Lo entregaba completo. Era sumamente cariñoso, afectuoso e inteligente. Jamás echaba rollo, soltaba toda la información con

[2] Entrevista de Mariana Serrano Zalamea a Álvaro Mutis, México D. F., 5 de mayo de 2005.

[3] García Márquez, Gabriel, *Vivir para contarla*, Bogotá, Norma, 2002, pág. 486.

[4] García Márquez, Gabriel, "Cien personajes del siglo xx en Colombia. Eduardo Zalamea Borda 1907-1963", en "Lecturas Dominicales", *El Tiempo*, Bogotá, 6 de diciembre de 1998, pág. 1.

> generosidad y era supremamente serio sobre los autores de los que hablaba. Él estaba más al día que el día en literatura. Era un lector impresionante[5].

En la edición crítica de las crónicas de Gabriel García Márquez preparada por Jacques Gilard[6], el estudioso francés menciona la innegable influencia de Zalamea sobre los textos periodísticos del escritor costeño, e incluso señala que algunas de las crónicas que publicó García Márquez en *El Espectador* tenían la huella presente de Ulises.

Fernando Arbeláez, poeta y frecuentador del café bogotano El Automático, recuerda a los primos hermanos dobles Zalamea Borda —Eduardo y Jorge— como a "especies de pontífices de las letras, muy exigentes y desdeñosos". Concretamente, sobre Ulises dice:

> En el periódico *El Espectador*, Eduardo Zalamea Borda empezó a publicar una hoja literaria los fines de semana… En ese suplemento sólo aparecían firmas muy reconocidas junto con excelentes traducciones de narradores y poetas europeos y norteamericanos. Allí se conocieron por primera vez las narraciones de un joven cuentista recién llegado de la costa, Gabriel García Márquez. A Zalamea le envié, con

[5] Entrevista de Mariana Serrano Zalamea a Gabriel García Márquez, México D. F., 18 de octubre de 2006.

[6] Gilard, Jacques, "Recopilación y prólogo", en Gabriel García Márquez, *Entre cachacos*, Bogotá, Editorial Oveja Negra, 1982.

temor y temblor, y por correo, algunos poemas que fueron publicados inmediatamente, para asombro mío[7].

Álvaro Bejarano, en un diálogo colectivo sobre la tertulia y los asiduos clientes del café El Automático, evoca concretamente a los Zalamea como figuras míticas de estos encuentros:

> Frecuentemente aparecía Jorge Zalamea con Ignacio Gómez Jaramillo [y] se metían unas borracheras que llamábamos homéricas por parecerse a la lectura de una página de Homero […] Los desacuerdos entre ambos eran culturales o políticos y siempre peleaban por ideas para aparecer después de dos o tres días cordiales y sobrios como si nada hubiera sucedido […] [Por su parte,] Ulises venía de escribir *4 años a bordo de mí mismo*, su epopeya en La Guajira, hoy día libro fundamental en la literatura, y escribía en el diario *El Espectador* las columnas de "Fin de Semana" y "La Ciudad y el Mundo", que le sirvieron para divulgar enormemente la cultura y descubrir a García Márquez[8].

[7] Arbeláez, Fernando, "El Asturias y El Automático", en Hugo Sabogal (ed.), *Voces de la bohemia. Doce "textimonios" colombianos sobre una vida sin reglas*, Bogotá, Norma, 1995, pág. 83.

[8] "Diálogo. Álvaro Bejarano, José Luis Díaz Granados, Antonio Montaña, Alberto Zalamea", en VV. AA., *Café El Automático. Arte, crítica y esfera pública*, Bogotá, Fundación Gilberto Alzate Avendaño-Universidad de Los Andes-Cámara Colombiana del Libro, 2009, pág. 44.

Con ocasión del centenario del natalicio de Eduardo Zalamea[9], José Salgar, periodista veterano de *El Espectador*, rememoraba:

> Pocas personas estuvieron tan cerca de Eduardo Zalamea como el grupo que por más de medio siglo figuró en el cabezote directivo de *El Espectador*. Una o varias juntas, todos los días, con los Cano a la cabeza, Zalamea en la subdirección o como columnista, y en las jefaturas de información y redacción Darío Bautista y José Salgar, con una nómina que siempre fue muy destacada… Era un equipo fuerte, muy cordial y amigable, para tratar de superar a su competidor de siempre, *El Tiempo*.
>
> Los llamados "chicos de la prensa" teníamos a Zalamea como el profesor ideal, cuando todavía no existían las facultades de periodismo. Era el más generoso para transmitir su inmensa erudición, su lecturas en diferentes idiomas, sus consignas en el estilo y el respeto al idioma.

Además, Salgar atesoraba dos anécdotas dicientes sobre el tipo de periodista que era su amigo Zalamea. Antes del terrible 6 de agosto de 1945, en un viaje que Ulises realizó a los Estados Unidos, el periodista escuchó una conversación de unos soldados en un baño cercano al Pentágono, donde hablaban de la misión de la bomba atómica. Llamó entonces a sus colegas del periódico y

[9] Acto de homenaje a Eduardo Zalamea Borda organizado por Mariana Serrano Zalamea el 15 de noviembre de 2007 en el Auditorio Aurelio Arturo de la Biblioteca Nacional de Bogotá. Los participantes fueron José Salgar, Mario Mendoza y Mariana Serrano Zalamea.

les dio la "chiva" (la primicia); luego, él mismo escribiría unas crónicas llamadas "Odisea".

Salgar también recordaba que Zalamea solía jactarse de estar haciendo el mejor periódico del mundo, tal como lo expresó a través de la BBC de Londres. Zalamea consideraba que este diario, oriundo de un pequeño país como Colombia, estaba comprometido desde "el alma, el corazón y el cerebro para que apareciera casi perfecto, [y por esta razón] tenía que ser el mejor del mundo".

> Esto lo recordábamos cuando la periodista francesa Annick Cojeau fue enviada a Bogotá a escribir la historia de *El Espectador*, por haber sido escogido en diciembre de 1994 como uno de los siete periódicos más importantes del mundo, en una encuesta para el cincuentenario de *Le Monde*, de París[10].

Maestro y formador de lectores

Eduardo Zalamea Borda ejerció, de hecho, una labor de difusión y apertura de espacios para los nuevos escritores a través del suplemento literario y, luego, por medio de la columna "Fin de Semana" de *El Espectador*. No en vano es hoy muy recordado en Colombia y en América Latina por ser quien publicó los primeros poemas de Álvaro Mutis y los primeros cuentos de Gabriel García Márquez, y por dar luego seguimiento y proyección a sus obras.

[10] Salgar, José, "Zalamea, el profesor ideal", en *El Espectador*, Bogotá, semana del 18 al 24 de noviembre de 2007, pág. 7B.

En 1947, a través de las páginas del suplemento que dirigía, Zalamea desafió a los escritores colombianos a aventurarse en la exploración de nuevos rumbos literarios, pues en ese momento sólo encontraba reiteraciones y anclajes en estéticas agotadas. Gabriel García Márquez se sintió aludido y se atrevió a mandar un cuento para la lectura crítica de Ulises. Este relato era "La tercera resignación", que efectivamente fue publicado en la sección de "Fin de Semana" el 13 de septiembre de 1947[11]. Al mes siguiente, el 25 de octubre, apareció en letras de molde, en esta misma sección del periódico, "Eva está dentro de su gato". Este segundo relato fue exhibido con el mismo despliegue que el primero, ilustrado por un nuevo nombre de la pintura nacional: Enrique Grau. Apareció con la siguiente nota de Zalamea:

> Los lectores de "Fin de Semana", suplemento literario de este periódico, habrán advertido la aparición de un ingenio nuevo, original, de vigorosa personalidad […] Dentro de la imaginación puede pasar todo, pero saber mostrar con naturalidad, con sencillez y sin aspavientos la perla que logra arrancársele, no es cosa que puedan hacer todos los muchachos de veinte años que inician sus relaciones con las letras […] Con García Márquez nace un nuevo y notable escritor.

La recepción de los cuentos de García Márquez en los periódicos de la Costa Norte fue registrada por

[11] García Márquez, Gabriel, *Textos costeños*, recopilación y prólogo de Jacques Gilard, Barcelona, Bruguera, 1981, pág. 57.

Alfonso Fuenmayor, reconocido escritor del Grupo de Barranquilla, quien, bajo el título de "Saludo a Gabriel García", resaltaba la publicación de los cuentos por parte de Ulises: "Eduardo Zalamea, gran catador y gran mecenas de las bellas letras, le hizo llegar su palabra de animación y le abrió irrestrictamente las páginas de su insuperable magazín"[12].

Es igualmente reveladora la ubicación otorgada por García Márquez a Zalamea en el panorama de la literatura nacional:

> Desde el punto de vista cronológico nació en 1907 —pertenecía al grupo de Los Nuevos—, pero no es fácil encasillarlo en ese ni en ninguno de los cenáculos literarios que se descuartizaban unos a otros por aquellos años, ni figura en el Pequeño Larousse —donde está todo el mundo—, y apenas si lo mencionan los manuales escolares. Esto podría entenderse por la mala memoria que tenemos los colombianos para acordarnos de los maestros, pero también porque Zalamea fue un visionario de rueda libre que siempre se mantuvo un paso adelante de sus contemporáneos[13].

Es posible rastrear la relación tutelar que estableció Eduardo Zalamea con García Márquez en una nota de "La Ciudad y el Mundo", aparecida con motivo del viaje del joven escritor a Europa en calidad de corresponsal de

[12] *Ibíd.*, pág. 9.

[13] García Márquez, Gabriel, "Cien personajes del siglo xx en Colombia…", *op. cit.*, pág. 1.

El Espectador, en 1955. Ulises le reconocía a Gabo una merecida culminación de sus esfuerzos en *La hojarasca*, obra de reciente aparición y muy bien recibida por la crítica, y exaltaba asimismo sus cualidades de "periodista múltiple":

> Se ha impuesto lo mismo en el campo periodístico que en el literario, que no son opuestos sino muy vecinos, en cierto modo complementarios, como él mismo, entre otros, se ha encargado de demostrarlo. La demostración no ha podido ser más oportuna, en momentos en que vemos la prensa bogotana invadida por la zafiedad, por el desgreño, por un desconocimiento flagrante no sólo de lo que es un estilo decoroso sino de la gramática elemental, del buen gusto y del respeto que se debe al público[14].

Miradas y críticas: *4 años a bordo de mí mismo. Diario de los 5 sentidos*

Una antesala muy potente de la creación periodística de Eduardo Zalamea Borda fue la novela que publicó en 1934. Y para comprender la poética periodística de Ulises es imprescindible hacer mención a esta obra.

Antes de examinar cada una de las posibles lecturas de la novela, no sobra recordar que su aparición fue escandalosa para ciertos sectores de la sociedad bogotana, aferrados aún a valores decimonónicos dictados por una moral cristiana contraria a cualquier expresión

[14] Zalamea Borda, Eduardo [Ulises], "El viaje de G. G. M.", en "La Ciudad y el Mundo", *El Espectador*, Bogotá, 14 de julio de 1955, pág. 4A.

libre de la sensualidad y el erotismo. *4 años a bordo de mí mismo. Diario de los 5 sentidos* fue una obra escrita desde el cuerpo, y por ello se la puede considerar como un despliegue de sensorialidad y sexualidad. El jesuita Félix Restrepo la incluyó en el Índice que proscribía ciertos libros por escapar a los mandatos de la moralidad católica, apostólica y romana. Sin embargo, también algunos lectores, escritores e intelectuales contertulios de Zalamea celebraron la audacia de la poética de los *4 años*, innegablemente contemporánea de las búsquedas que por esos años tenían lugar en Europa y los Estados Unidos. Sin duda, Zalamea se adelantó a su contexto nacional y local. Esta fue una novela escrita en muy poco tiempo, tomando como puntos de partida las crónicas aparecidas en 1932 en *La Tarde* y el poema titulado "Bahíahonda"[15], donde se prefiguraban las claves poéticas de su narrativa.

La siguiente es la versión del propio Eduardo Zalamea sobre este proceso creativo:

> El proceso de elaboración de los *4 años* es el mismo de mi formación literaria. Yo me descubrí en La Guajira cuando era apenas un muchacho sin experiencia de letras. Algo tuvo que ver el paisaje, la voz de la naturaleza. La primera etapa de su formación fueron unos poemas que sobre La Guajira publiqué en la revista *Universidad*, de Germán Arciniegas.

[15] Zalamea Borda, Eduardo, "Bahíahonda, puerto guajiro", en *Voces*, Bogotá, 23 de abril de 1930, pág. 5.

> Después, la idea seguía evolucionando dentro de mí, y, cuando Alberto Lleras me pidió que escribiera para *La Tarde* una página sobre temas guajiros, caí en la cuenta de que esos apuntes podrían ser la base de mi novela. Y, en efecto, la escribí en quince días, durante unas vacaciones que me concedieron en el Ministerio de Relaciones Exteriores en 1931. Yo tenía entonces 24 años.
>
> No modificaría nada, si volviera a escribir *4 años* […] Yo creo que cada obra corresponde a una etapa de la vida, y sería borrar el pasado intentar cambiar algo. Yo no sabía escribir cuando hice esa novela, pero nunca me arrepentiré de haberla escrito. Cada momento de la vida debe tener, para el escritor, una representación plasmable. Y los *4 años* fueron [sic] la obra simbólica de mi juventud.
>
> En los *4 años* casi todo es un tejido entre lo real y lo soñado, entre el mundo de fuera y el de adentro. Creo que casi todos mis personajes vivieron, aunque yo no los haya conocido. Lo mismo las situaciones, aunque yo no las viviera. Es de la esencia de la novela esa mezcla de realidad y fantasía. Es esa la resultante necesaria. Creo que, de mis personajes de *4 años a bordo de mí mismo*, Chema es el más real. Pero no podría hacer un discernimiento completo[16].

La novela de Zalamea ha sido leída por la crítica colombiana desde diversas perspectivas: estéticas, históricas, interdisciplinarias. El recuento de estas permite aproximarse al autor a partir de la particularidad de su

[16] Wills Ricaurte, Gustavo, "El reportaje. Eduardo Zalamea Borda", en *El Tiempo,* Bogotá, 23 de mayo de 1948, sección 2, pág. 3.

contexto, y también de su producción periodística, hasta ahora prácticamente desconocida por la crítica.

En el plano de la novela, han sido tres los criterios aplicados con mayor frecuencia para el caso colombiano: el estético, que se relaciona con los cambios en la concepción de la literatura; el histórico, que conecta los acontecimientos políticos y sociales con los fenómenos literarios, y aquel que asume una visión de la literatura ligada a la modernización de la sociedad y considera los cambios literarios sólo en la medida en que reflejan los procesos de secularización de esta[17]. Sin duda, desde estos distintos criterios se han hecho aportes que, mirados en su conjunto, muestran aspectos centrales para una interpretación más compleja de una obra en particular.

Estos planteamientos son relevantes al ver cómo ha sido analizada la novela de Zalamea Borda —*4 años a bordo de mí mismo*—, pues permiten acercarse por otra vía a la perspectiva narrativa de este autor, vía que encuentra resonancias en los "Intermedios" y en otros textos que conforman esta antología de crónicas periodísticas. El acopio de estas lecturas críticas —que contextualizan la narrativa de Zalamea dentro de un panorama literario nacional— ha sido parte de los antecedentes

[17] Al respecto, ver el artículo de Trujillo, Patricia, "Los comienzos de la novela colombiana del siglo xx", ponencia presentada en el Congreso de Colombianistas, Granville, Ohio, Universidad de Denison, 3 al 6 de agosto de 2005.

examinados para la antología que presento de su obra periodística, hasta hoy inexplorada.

La novela de Zalamea ha sido editada varias veces en diversas colecciones de literatura colombiana. Ha sido calificada e interpretada como una "obra terrígena", como novela urbana, como testimonio de denuncia social e incluso como crónica de viaje. Esta multiplicidad de visiones amerita un examen detenido.

Dentro del criterio estético, Zalamea ha sido situado en el indigenismo, en la novela antirrealista, en la novela moderna y en las vanguardias. Sería indigenista —según Jorge Gaitán Durán, escritor colombiano y fundador de la revista *Mito*– porque "el novelista va hasta el fondo de nuestra América, hasta todos los factores telúricos y étnicos"[18]. Por su parte, el escritor y crítico colombiano R. H. Moreno Durán ubicaba a Zalamea en la tendencia divergente de aquella de corte realista, y veía continuidades entre *4 años a bordo de mí mismo* y la obra de Gabriel García Márquez, en la medida en que aquella incorporaba "recursos autorreflexivos como el énfasis en la vivencia interior del tiempo"[19]. Luego, Helena Iriarte calificó esta novela de Zalamea de "moderna", pues "inicia en Colombia la novela de personaje, cuya visión explica

[18] Gaitán Durán, Jorge, "La novela de Eduardo Zalamea", en *El Tiempo,* Bogotá, 25 de abril de 1948, pág. 2.

[19] Citado por Trujillo, Patricia, "Los comienzos de la novela colombiana", *op. cit.,* pág. 2.

el mundo y los acontecimientos que ocurren a su alrededor y en su propio interior"[20]. La han rotulado incluso como cercana a la novela de vanguardia, por el tratamiento sensorial de la escritura y por la actitud irreverente asumida por el narrador. Eduardo Jaramillo y Mario Mendoza, quienes realizaron los dos estudios más detallados de esta obra, se sitúan en esta última línea de análisis.

Las dos publicaciones de Jaramillo sobre la novela de Zalamea[21] sostenían que esta era una suerte de celebración de que "el cuerpo existe en el mundo". Enfatizaba este estudioso el hecho de que en la misma novela se postulaba una crítica abierta a la literatura tradicional y al lenguaje "poético" de comienzos del siglo xx en Colombia, por el despliegue de un lenguaje moderno y mediante la introducción del llamado "monólogo interior" en la narrativa colombiana. Jaramillo se acercaba al personaje creado por Zalamea desde la aventura de viaje, la memoria a partir de las experiencias vividas en La Guajira y el derroche de sensorialidad y deseo, explayado sobre la realidad con un profundo erotismo. Decía, al respecto, que

[20] Iriarte, Helena, "Autobiografía en las salinas de La Guajira", en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. 34, N.° 44, Bogotá, Banco de la República, 1997.

[21] Jaramillo Zuluaga, Eduardo, "La poesía en *4 años a bordo de mí mismo*", *Revista Casa Silva*, N° 1, enero de 1988, págs. 29 a 42, y Jaramillo Zuluaga, Eduardo, "*4 años a bordo de mí mismo*: una poética de los cinco sentidos", en *El deseo y el decoro*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1994, págs. 83 a 106.

> sus páginas tienen rasgos vanguardistas pero la novela no está penetrada a conciencia por el espíritu de la Vanguardia: tal vez ese fue el modo en que nuestra literatura asimiló la Vanguardia: simplemente asumió algunos rasgos expresivos que entonces estaban en el aire. Dentro de estas limitaciones pienso que no nos equivocaríamos si consideráramos a *4 años a bordo de mí mismo* como nuestra novela vanguardista[22].

Analizaba la obra teniendo en cuenta el antecedente de las doce crónicas publicadas por Zalamea en *La Tarde* durante mayo y junio de 1930, y desde allí se explicaba Jaramillo el carácter un tanto sensacionalista de algunos pasajes de la novela, así como una intención permanente de llamar la atención de los lectores. Estas crónicas iniciales, que dieron origen a la novela, constituyen también un antecedente importante para enmarcar el posterior desarrollo de la "literatura periodística" de Zalamea en las columnas diarias de *El Espectador*.

Trasluciendo un manejo de la oralidad y la sensorialidad ausente en la mayoría de sus contemporáneos, el novelista —es un ejemplo citado por el crítico— escribió "mierda" sin ningún reparo, con todas sus letras[23]. Finalmente, rescataba Jaramillo la noticia con la que cerraba

[22] Jaramillo Zuluaga, Eduardo, "La poesía en…", *Ibíd.*, pág. 33.

[23] La mención al uso de la oralidad se encuentra en el trabajo de Williams, Raymond L., *Novela y poder en Colombia 1844-1987*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 2.ª ed.,1992, pág. 99.